



El lobo y la zorra

Hace mucho tiempo, en las altas montañas del PerÃo, donde las nubes acarician los picos nevados y el aire huele a hierbas silvestres, vivÃa un lobo grande y orgulloso. Este lobo, con su pelaje gris y sus ojos amarillos, siempre andaba presumiendo de ser el animal más fuerte y valiente de todos los Andes. Pasaba los dÃas paseándose por los cerros, asustando a los vizcachas y diciendo a todo el que quisiera escuchar:

â??¡Nadie es más poderoso que yo! ¡Soy el dueño de estas montañas!

Cerca de allÃ, entre las rocas y los ichu, vivÃa una zorra pequeña pero muy astuta. Su pelaje era del color de la tierra al atardecer, y sus ojos brillaban como si guardaran un secreto. La zorra escuchaba las fanfarronadas del lobo, pero nunca decÃa nada. Solo observaba y sonreÃa para sà misma, porque sabÃa que la fuerza no lo es todo en la vida.

Una tarde, cuando el sol comenzaba a esconderse tras las montañas y el frÃo de la noche empezaba a caer, la zorra regresaba a su guarida llevando entre sus dientes un cuy asado que habÃa encontrado en el camino. El aroma del cuy, dorado y crujiente, se esparcÃa por el aire, y el lobo, que pasaba por allÃ, lo olió al instante.

â??¡Eh, zorra! â??rugió el lobo, plantándose frente a ellaâ??. Ese cuy es mÃo. Dámelo ahora mismo o verás lo que pasa.

La zorra, sin perder la calma, $dej\tilde{A}^3$ el cuy en el suelo y mir \tilde{A}^3 al lobo con sus ojos vivaces.



â??Por supuesto, señor lobo â??dijo con voz suaveâ??. Usted es el más fuerte, y yo no quiero problemas. Pero, si me permite, tengo una propuesta mejor.

El lobo frunció el ceño, intrigado.

â??¿Qué propuesta? â??gruñó.

â??Verá â??continuó la zorraâ??, más allá de ese cerro, en mi guarida, tengo no uno, sino dos cuyes asados, tan jugosos como este. Si me ayuda a cruzar el rÃo ApurÃmac, que está crecido por el deshielo, se los daré a usted.

El lobo se relamiÃ³ al pensar en dos cuyes en lugar de uno.

â??¡Trato hecho! â??exclamóâ??. Pero no intentes engañarme, zorra.

â??¡Jamás! â??respondió ella, llevándose una pata al pecho como si hiciera una promesa solemne.

Juntos, se dirigieron hacia el r\tilde{A}o Apur\tilde{A}mac, cuyas aguas turbulentas bajaban con fuerza desde las alturas. Cuando llegaron, la zorra se\tilde{A} \tilde{a} un puente estrecho hecho de paja trenzada, como los que usaban los antiguos pobladores de los Andes.

â??El puente es frágil â??explicó la zorraâ??. Será mejor que usted pase primero, señor lobo. Su peso lo hará más estable para cuando yo cruce después.

El lobo, hinchado de orgullo, no lo pensÃ3 dos veces.

â??¡Por supuesto! â??dijo, y sin más, pisó el puente.

Pero apenas puso sus pesadas patas sobre la paja, esta comenzó a crujir y a ceder. El lobo, asustado, intentó retroceder, pero ya era tarde. Con un gran crujido, el puente se rompió, y el lobo cayó al agua helada del rÃo.

â??¡Auuuu! â??aulló, mientras la corriente lo arrastraba rÃo abajo.

La zorra, desde la orilla, no pudo evitar reÃrse.



â??¡El más fuerte no siempre es el más sabio, señor lobo! â??le gritó, mientras el lobo desaparecÃa entre las aguas espumosas.

Con el tiempo, el lobo logró salir del rÃo, empapado y temblando de frÃo. Desde ese dÃa, dejó de presumir tanto y aprendió a respetar a los demás animales, especialmente a la pequeña zorra, que le habÃa dado una lección que nunca olvidarÃa.

Y asÃ, en las montañas del PerÃo, se cuenta esta historia para recordar que la inteligencia y la astucia pueden ser más poderosas que la fuerza bruta, y que la humildad es una virtud que todos deberÃamos cultivar.